

Epistolario entre los tiempos verbales y el tiempo. ¿Existe verdadera correspondencia?

Fernando SÁNCHEZ ALONSO

A mi madre.

E llámase verbo, que en castellano quiere dezir palabra, no por que las otras partes de la oración no sean palabras, mas por que las otras sin ésta no hazen sentencia alguna, ésta, por ezelencia, llamóse palabra.

A. DE NEBRIJA: *Gramática de la Lengua castellana.*

I. INTRODUCCIÓN

Nadie ignora que la sustancia que nos declara e informa es de índole temporal; de igual modo el lenguaje, el arte, la ciencia, la historia, la religión, la filosofía invocan el tiempo y se someten a él.

Mas ¿qué es el Tiempo? ¿Cómo lo percibe el lenguaje?

El hombre ha notado desde siempre que el Tiempo lo vive todo, que favorece el renacimiento y la corrupción de cualquier ser, que regula el movimiento de los astros, que mide las modificaciones de la conciencia y profana la vulnerable edad.

Asimismo este misterio ha invitado al hombre a indagar su naturaleza; y como uno de los adminículos facilitadores de la lectura y comprensión de la realidad es el lenguaje, cada lengua traducirá su íntima cosmovisión y su idea del Tiempo.

El español se sirve de la voz «tiempo» para responder tanto a los procesos físicos como a los psíquicos. Este término se distrae de la exactitud, pues har-to disímil es el «tiempo» que se agrega a los calendarios y el de la «temporalidad» humana.

Ahora bien, aunque estas páginas hospedan ciertas alusiones al tiempo, están dictadas primordialmente por mi interés en la temporalidad humana que se vincula al lenguaje. Sólo me resta añadir, antes de intimar con el asunto, un resumen de las doctrinas filosóficas que han probado a descifrar el concepto de Tiempo.

II. HISTORIA DE LA FILOSOFÍA DEL TIEMPO

Las primeras observaciones sobre el movimiento universal se aliaron en el pueblo heleno con los mitos —Hesíodo historia en su *Teogonía* que Poseidón era padre de todas las cosas.

Para una mente contemporánea estas interpretaciones son más estudiosas de simbolismo y fantasía que de complejidad. Después, y sin negligir la codicia de aprehender la naturaleza, Grecia contrastará dos interpretaciones: la de Parménides —difamador del movimiento— y la de Heráclito —partidario de éste—. Aquél concede al Ser los primeros atributos que Jenófanes había estipulado de Dios: uno, eterno, inmóvil, sin principio ni fin. Traslado un fragmento de su poema *Sobre la naturaleza*: «(El Ser) siendo no nacido, es también no perecedero (...). Nunca era ni será, puesto que es ahora todo a la vez, uno, continuo; pues ¿qué nacimiento de él buscarás? ¿cómo y de dónde ha crecido? (...). Y ¿qué necesidad lo habría empujado, antes o después, partiendo de la nada, a ser? Así, es preciso que o sea de todas cosas o no sea. Tampoco dejará nunca la fortaleza de la convicción que de algo que de alguna manera es llegue a ser otra cosa que eso mismo»¹.

Obsérvese que Heráclito condesciende al movimiento y refiere que no hay situaciones fijas, sino sólo el puro devenir: «El Sol es nuevo cada día»² o también «Lo mismo es viviente y muerto y despierto y durmiendo y joven y viejo; pues esto de un golpe es aquello y de nuevo aquello de un golpe es esto»³.

Platón en su *Theaetetus* constató la polémica entre los que creían, como Heráclito, que el Ser fluye y los que, como Parménides, afirmaban que el Ser es inmóvil.

Esta apurada introducción al tema del Tiempo no pretende abarcar las minuciosas vicisitudes entre los partidarios del cambio y sus detractores, aunque estimo de uso legítimo aquí hacer algunas referencias.

Se lee en el *Timeo* que el «tiempo es una imagen móvil de la eternidad», pero ¿qué es lo eterno? Lo eterno no se deja definir por lo variable, sino por lo arquetípico, por lo inmutable, por aquello que aduna y comprende todo: las Ideas.

Para Aristóteles lo inalterable era el motor inmóvil, del que participaba Dios, y que procuraba la mudanza de lo material.

¹ Felipe MARTÍNEZ MARZOA: *Historia de la Filosofía*, Madrid, 1988, p. 45.

² *Op. cit.*, p. 56.

³ *Op. cit.*, p. 63.

Plotino, en el quinto libro de las *Enéadas*, elucida y magnifica la tesis platónica cuando escribe: «Toda cosa en el cielo inteligible también es cielo, y allí la tierra es cielo, como también lo son los animales, las plantas, los varones y el mar (...). Cada cual se mira en los otros. No hay cosa en ese reino que no sea diáfana (...). Todos están en todas partes, y todo es todo. Cada cosa es todas las cosas» y más adelante prosigue: «que los hombres a quienes maravilla este mundo (...) eleven el pensamiento a esa Realidad, de la que todo es copia. Verán ahí las formas inteligibles, no con Inteligencia pura, y la Sabiduría inalcanzable, y la edad genuina de Cronos, cuyo nombre es Pleroma. Todas las cosas inmortales están en él, cada intelecto, cada dios y cada alma. Todos los lugares le son presentes, ¿a dónde irá? (...). En una sola eternidad las cosas son suyas: esa eternidad que el tiempo remeda al girar en torno del alma, siempre desertor de un pasado, siempre codicioso de un porvenir».

San Agustín moderará estas diferencias y las superará. El de Hipona modificó el concepto de Tiempo, renunció a los extravagantes postulados del ateniense y lo remitió a la experiencia humana, aunque para contraponerlo con el de la Divinidad: «Vuestros años subsisten todos simultáneamente, porque precisamente ellos subsisten; no se van, empujados por los otros que llegan, porque no pasan, mientras que los nuestros sólo serán todos cuando todos hayan cesado de ser»⁴.

La vivencia humana del tiempo es irracional, nos asegura. San Agustín estimula la fugacidad del momento al declarar, no sin cierto patetismo, que el tiempo es lo que no siendo aún viene a ser y que siendo ya no es. En el pasado y en el futuro fallece su existencia, mas poseen extensión; el presente carece de extensión pero impone la existencia. Así, pues, sentimos el tiempo de modo irracional: el futuro es una excusa de nuestra esperanza; el pasado, la inquietud de la memoria; el presente, un instante limítrofe con el ser y el no ser.

Los filósofos racionalistas —Descartes, Leibniz, Spinoza— derogaron la noción agustiniana e identificaron el tiempo con la realidad física, vale decir con el espacio. Pensaban en un espacio disfrazado de tiempo. Para ellos el universo no era sino una mera máquina, por tanto susceptible de cifrarse en leyes y fórmulas que lo gobernarán. El siglo XVIII —el del empirismo de Locke, Berkeley, Hume— repudia y carga contra el racionalismo; interpreta la temporalidad como un fenómeno del que se apropia la mente.

Berkeley afirmó la existencia continua de los objetos, ya que cuando algún individuo no los percibe, Dios lo hace; Hume, con más lógica, la niega. Aquél

⁴ San AGUSTÍN: *Las Confesiones*, Libro XI, cap. XIII. Barcelona, 1986.

notició la identidad personal, éste la refuta y hace de cada hombre «una colección o atadura de percepciones, que se suceden unas a otras con inconcebible rapidez»⁵. Ambos certifican el tiempo; para Berkeley es «la sucesión de ideas que en mi mente fluyen de modo uniforme y de la que todos los seres participan»⁶; para Hume, «una sucesión de momentos indivisibles» (*op. cit.*, I, 2, 2).

Ahora bien, la conjunción de empirismo y realismo se obra en Kant, el primero en procurarnos una filosofía del Tiempo que acepta el tema que me propongo tratar: el tiempo y el lenguaje.

Kant anuló los recuerdos del dogmatismo racionalista y del escepticismo empirista. Para el de Königsberg el tiempo no responde ni a la realidad en sí ni a la experiencia: es una forma de la sensibilidad. Kant repudia la Metafísica; estipula que del noumenon o realidad en sí nada sabemos, solo conocemos los y a través de los fenómenos. Imposible atribuir un predicado al tiempo que no lo indique a la conciencia. En el conocimiento hay una Materia y una Forma. La materia nos es dada, versátil e inestable. Nuestro «yo» le imprime formas «a priori», constantes y forzosas. (Lo que Kant llama «a priori» se refiere a la condición que sin derivarse de la experiencia, la hace posible. Es «a priori» no lo que antecede a la experiencia sino lo que la configura.)

Las categorías sin contenido intuitivo son vacuas, los datos empíricos sin categorías son ciegos. Por tanto, las categorías no tienen aplicación más allá de los fenómenos y no se pueden relacionar con realidades que estén más allá de la experiencia. Así constituimos el objeto por la percepción sintética. La Estética Trascendental insistirá, por tanto, en que la intuición sensible se halla supeditada a dos formas de la intuición pura: el Espacio y el Tiempo, que son únicos. No hay una pluralidad de espacios y tiempos, sino partes de un espacio único e intervalos de un tiempo único que fluye sin cesar. El Tiempo comprende al Espacio. La forma del tiempo relaciona una multiplicidad de percepciones, las ordena y afirma la unidad del espíritu humano.

El evolucionismo de Hegel era atemporal, el de Spencer mostraba una fuerza material que se mantiene inmutable aun en el tránsito de lo simple a lo complejo. Marx asignó a la economía la innoble labor de aprestar los cambios, inevitables y previsibles, de la historia.

Nuestro innumerable siglo rememora una vasta colección de filósofos que han intentado estudiar el Tiempo. Unos conceden primacía al tiempo físico; otros lo subordinan a la conciencia. Obvio a los pensadores —metafísicos o científicos— que protestan de la identidad del tiempo real con la materia y el

⁵ David HUME: *Tratado acerca de la naturaleza humana*, I, 4, 2, Barcelona, 1982.

⁶ George BERKELEY: *Principios del conocimiento humano*, CXVIII, Barcelona, 1982.

espacio: verbigracia, Hans Reichenbach y Bertrand Russell. Para ellos el marco de referencia es el universo físico, no el hombre. Prefiero los filósofos que *trafican con el tiempo sin emanciparlo de la vida, la existencia y la conciencia humanas*. Ninguno recusa que la condición íntima del hombre es la de percibir la realidad en una sucesión, si bien cada uno opta por caminos dispares.

Wilhelm Dilthey discurre que los objetos de las ciencias del espíritu, a diferencia de los objetos de las ciencias de la naturaleza, están entretrejidados en la historia. Nuestra conducta varía según la atención que, desde el presente, prestemos al pasado y al futuro. Somos pasivos frente a un pasado invulnerable, definitivo; somos activos frente al futuro, que nos invita a elegir.

Henri Bergson cree que el «yo» se entiende a sí mismo como duración pura, sólo que para él es un «yo» que se debate en la dualidad de un universo que es materia y espíritu; es un «yo» solicitado por la inteligencia, que con su lenguaje lógico espacializa las experiencias, y por la intuición, que revela el «élan vital» de la evolución creadora. El tiempo físico, hecho de simultaneidades, es un fraude, un simulacro. El tiempo real es una sucesión percibida y vivida por una conciencia, es una duración individual, íntima, continua, indivisible. La vida se amplía con las retrospectivas de la memoria y con las proyecciones que invocan novedades posibles.

Martin Heidegger determina que el hombre no se alía sólo con el presente, sino que vive del pasado hacia el porvenir. El hombre es en el presente su pasado y su futuro conjuntamente. Nuestra vida se cifra en comerciar con las posibilidades por venir que nos procura nuestro pasado.

Mi pluma desfallece aquí —exhausta de filosofía y lamentando el intento de apurar la tolerancia del lector—; mas la galería de filósofos del tiempo se prolonga por muchas más salas. No voy a recorrerlas todas. Quedan, sin visitar, las de J. P. Sartre, Georg Simmel, Gaston Bachelard, José Ortega y Gasset, Max Scheler, Maurice Merleau-Ponty, Gaston Bérger, Louis Lavelle y otros muchos.

III. LOS TIEMPOS VERBALES

A continuación me referiré al tratamiento gramatical de los tiempos verbales desde dos puntos de vista: el racionalismo y el idealismo.

La gramática racionalista propendía a considerar los tiempos verbales como un facsímil del Tiempo, con sus tres puntos lineales: el pasado, el presente, el futuro. Así a un tiempo informado de momentos presentes, pasados y futuros debían corresponder formas lingüísticas que señalaran a ese pasado, a ese presente, a ese futuro. El punto de referencia era el instante de la palabra. La filosofía que exaltaba tal gramática afirmaba:

1. la existencia objetiva del Tiempo como dirección lineal;
2. el punto-instante del ahora que divide el Tiempo en pasado y futuro;
3. la significación exclusivamente fechadora de los tiempos verbales.

Es decir, que para los racionalistas los tiempos verbales sitúan la acción que expresa el verbo refiriéndola a los tres puntos del tiempo: presente, pasado, futuro.

Primer punto de referencia es el instante mismo en el que estamos hablando. Lo llamamos Presente (amo). Lo anterior es el Pretérito (amé). Lo posterior, Futuro (amaré). Estos tiempos verbales son absolutos.

Segundo punto de referencia es uno de los tres tiempos arriba mencionados, respecto del cual el nuevo tiempo puede significar anterioridad, posterioridad o coexistencia: Pretérito anterior o antepretérito (hube amado), Pretérito imperfecto o co-pretérito (amaba), Condicional simple o pos-pretérito (amaría), Pretérito perfecto actual o ante-presente (he amado), Futuro compuesto o ante-futuro (habré amado). Estos tiempos son relativos.

Tercer punto de referencia es un tiempo ya relativo (amaba, amaría) respecto del cual un nuevo tiempo de nuestra conjugación significa anterioridad: Pretérito pluscuamperfecto o ante-copretérito (había vivido) y condicional compuesto o ante-pos-pretérito (habría vivido).

Aunque los gramáticos racionalistas, conducidos por su afán de simetría, acostumbraban a injerir en su sistema formas caducas y aun inexistentes, no pudieron por menos que reconocer las peculiaridades no siempre racionales de la lengua y entonces corrigieron sus gramáticas con tiempos verbales que no obedecen a la lógica. Solamente los gramáticos inspirados en el idealismo afirmaron sin vacilación que los tiempos verbales son convencionales, arbitrarios, ilógicos, impresionistas, metafóricos. Traslado unas palabras de Karl Vossler, que me parecen de uso lícito aquí: «La palabra está, pues, tanto ante el acto como tras él. La palabra nos explica lo que se va a cumplir así como lo que se ha cumplido, y por eso mismo no es lícito confundirla con el acto cumplido o por cumplir»⁷.

La filosofía idealista instaló el tiempo en la conciencia humana, como ya indiqué; en esa dirección también la gramática definió los tiempos verbales, no como funciones fechadoras en la línea de un tiempo objetivo, sino como expresiones de la manera que el hablante tiene de arrostrar las cosas, lo que le rodea o de lo que tiene noticia.

La mismísima concepción del verbo se modificó. Los racionalistas habían

⁷ Karl VOSSLER: «El sistema de la gramática», *Filosofía del lenguaje*, Buenos Aires, 1978.

equiparado lenguaje y lógica hasta identificarlos. Sostenían que las partes de la oración se ajustaban a partes de la realidad. Así, pues, el sustantivo invocaba a cosas y a seres vivos; el adjetivo, a sus cualidades; el verbo, a sus procesos o acciones. Por el contrario los idealistas notaron que los oficios de las palabras dependen de nuestra actitud en el momento de hablar y que el acto de hablar es manifestación de la temporalidad de nuestra existencia. Amado Alonso escribió en el prólogo de *Formas gramaticales y psicológicas del lenguaje* de Vossler que «en el habla, la articulación gramatical unas veces concuerda y otras no con la articulación psicológica del pensamiento. En cada caso, bajo las categorías gramaticales —formales— laten las psicológicas. Y los desajustes son más frecuentes de lo que se supone» (*op. cit.*). Así, pues, para los idealistas el sustantivo es un concepto con el que designamos un objeto como si fuera independiente. El adjetivo, en cambio, es un concepto dependiente: si digo *grande* ha de haber algo en la realidad que aprese la cualidad que notifica el término. Y el verbo es una forma especial del lenguaje con la que pensamos la realidad como un comportamiento del sujeto en la oración. En la oración «el televisor permanece todavía encendido» el verbo «permanecer» no señala una acción, pero con él pensamos que el televisor está haciendo algo, pese a que un hacer sin actividad propiamente dicha carece de sentido. Los conceptos verbales son dependientes de un sustantivo, puesto que lo que dice el verbo siempre lo dice de un nombre —y el núcleo del grupo sintagmático nominal es un sustantivo por lo general— no entramos a tratar casos de metátesis o trasposición de otra parte de la oración a sustantivo.

Todas las clases de palabras sirven para que el hablante exprese su sentimiento del tiempo, pero, sin lugar a dudas, el verbo es la parte de la oración que por pensar la realidad como comportamiento del sujeto, señala reciamente la temporalidad. Si el verbo es un concepto mediante el que pensamos la realidad es manifiesto que cuando decimos que es temporal no nos referimos al tiempo físico sino al psíquico del hablante. Y a propósito de lo anterior transcribo unas palabras de César Hernández que, me parece, colaboran en recalcar lo expuesto: «Desde Guillaume es un lugar común conceptual al verbo como categoría que implica y explica el tiempo»⁸.

El hablante, pues, muestra una actitud ante la realidad; y el estudio de los tiempos verbales solicita y acepta el estudio de la actitud del locutor.

El idealismo ya no entiende el Tiempo como una línea generada por un punto-instante que se mueve en una dirección uniforme, del pasado al porvenir, sino como duración percibida por la mente.

⁸ César HERNÁNDEZ ALONSO: «El tiempo en el verbo», *Gramática funcional del español*, Madrid, 1984.

A esa duración la asimamos de una sola vez. El presente de nuestra conciencia puede abarcar todo el pasado —personal e histórico—. Es un presente en expansión, para atrás, para adelante, que tan pronto recuerda como profetiza, es lo que Alarcos LLorach llama «presente ampliado» (línea ideal del presente gramatical que entra en el campo del pasado y, por otra parte, puede prolongarse también en el futuro⁹) que guarda alguna similitud con el «campo temporal» de Husserl. Este acepta y se aplica a esa red de intenciones entrecruzadas, que pueden vincularse al tiempo de la acción: es decir, a un ahora (el momento en que se habla), a un antes (la época ya cumplida) y a un después (la época que está por venir). Este tiempo de la acción, cuando se indica se hace con fechas, cifras, frases adverbiales, contextos. Si el tiempo de la acción no está indicado —como sucede por lo general— el campo temporal se forma por nuestra manera de asomarnos a un redondo horizonte de posibilidades. Cuando hablamos tenemos la necesidad de fijar una acción pasada en un uno de los dos modos propuestos por nuestro sistema de tiempos verbales: concebimos la acción con sentido histórico, en una época que ya no nos atañe, ajena a nuestra urgencia existencial o la miramos con pensamiento subjetivo como formando parte de nuestro presente. Es la diferencia entre *amé* y *he amado*, diferencia que podría encontrarse en toda la conjugación española. Tendríamos, pues, tiempos de la acción vista de frente, en su arrebató. Los tiempos verbales, aunque articulados con formas mentales, se han constituido en la historia de nuestra lengua y por ser históricas caen en desuso (*hube amado*) o traducen modalidades regionales.

IV. LOS TIEMPOS VERBALES DE WEINRICH Y EL TIEMPO CARA A CARA

¿Es el Tiempo sustancia inherente al verbo? ¿Se explican las magnitudes verbales por y desde el Tiempo? ¿Quién o qué las informa si no?

La doctrina de Benveniste —que niega que los verbos se expliquen desde el Tiempo— asiste y soporta la de Weinrich.

Antes de tratar la teoría del maestro alemán se impone la apurada exposición de la del francés. Este declaró que el verbo en francés —su planteamiento sería aplicable, con ciertas salvedades, al español— obedecía a dos sistemas verbales: al de «la historia» y al del «discurso». La objetividad de los hechos

⁹ Emilio ALARCOS LLORACH: *Estudios de Gramática Funcional del Español*, Madrid, 1984, p. 29.

que comporta la exclusión del hablante, se carga sobre el primero; con lo cual el sistema se adelgaza hasta implicar tan solo al perfecto simple, imperfecto, pluscuamperfecto y una forma perifrástica prospectiva. Estas magnitudes verbales se hallan bajo la férula absoluta de la tercera persona del «aoristo» griego. Por otro lado, el sistema del «discurso» consiente toda comunicación que solicite la presencia de una hablante y un oyente, y una intencionalidad en el primero de influir en el segundo. En este sistema, pues, asisten gran variedad de formas verbales en cualquiera de las personas gramaticales y, excepto el aoristo en la tercera persona, o «no-persona», todos los tiempos.

Mas, como señala César Hernández, «aun a simple vista se percibe que los dos sistemas propuestos por Benveniste son desproporcionados, y están montados sobre una base conjunta de persona gramatical y de función lingüística»¹⁰.

He aquí, a grandes rasgos la teoría de la que arrancará Weinrich.

El alemán coincide con Amado Alonso en que los tiempos verbales no expresan el tiempo sino que indican la orientación lingüística del hablante ante el mundo, solo que Amado Alonso procede de Croce y Vossler, y Weinrich de Heidegger y Sartre. Así en su libro *Estructura y Función de los tiempos en el lenguaje* declara que hay que deslindar el campo físico, oprimido y gobernado por los calendarios, relojes, horarios, de la temporalidad que se enfrenta a la existencia humana, caracterizándola. Las magnitudes verbales no traducen, no se entretienen ni trafican con el tiempo: le vuelven la espalda. Si queremos indicar, ciertamente, el tiempo nos auxiliamos de adverbios temporales (mañana, hoy, ayer por la tarde, el mes pasado, etc.), datos y fechas, que lo precisan con rigor. Y continúa diciendo que frente a la imposibilidad de distinguir el espacio del tiempo, según asegura la filosofía y la física, en el lenguaje no se confirma este paralelismo; pues para designar el espacio y el tiempo el lenguaje nos procura adverbios de lugar (aquí, allí, abajo, ahí detrás...), un número indefinido de topónimos, amén de las cifras que colaboran en facilitar con mayor exactitud la situación de un punto espacial determinado —comparados con estos procedimientos, los tiempos verbales resultan inadecuados—. Y enfrentando las magnitudes verbales y el Tiempo afirma que «no hay lengua que disponga de un sistema local análogo al sistema temporal (...). ¿Es qué la comparación con las indicaciones verbales de lugar en el espacio no demuestra que los tiempos son en sí superfluos?»¹¹. Y prosigue: «Mientras que casi todos

¹⁰ César HERNÁNDEZ ALONSO: *Op. cit.*, p. 320.

¹¹ Harald WEINRICH: *Estructura y Función de los tiempos en el lenguaje*, Madrid, 1974, p. 14.

los lingüistas están de acuerdo en que los tiempos y el Tiempo designan la misma cosa, la diferencia es mínima entre las doctrinas que tratan de explicar con más exactitud cómo hay que adscribir los diferentes tiempos a un tiempo. El principio ordenador más conocido y que más éxito ha tenido en las gramáticas escolares consiste en asignar los tiempos a las tres *fases del Tiempo*: pasado, presente y futuro.»

Reproduzco unos versos de Schiller que me cosquillean la memoria y confirman la división tripartita del tiempo estipulada ya desde Dionisio de Tracia, y que se continúa en Quintiliano, San Agustín (*Confesiones* XI)... hasta nuestros días:

*Triple es el paso del Tiempo:
lento futuro se acerca,
del ahora vuela la flecha,
silencio eterno el pasado.*

Mas estas tres fases del tiempo no se ajustan ni a la realidad lingüística ni a la meditación filosófica como lo demuestra esta oración entresacada de la novela *Tristram Shandy*, de Laurence Sterne: *A cow broke in (tomorrow morning) to my uncle Toby's fortifications, and eat up to rations and half of dried grass* (Una vaca penetró —mañana por la mañana— en la fortaleza de mi tío Tobías y se comió dos raciones y media de paja seca). Nadie ignora que obras enteras se componen con tiempos de significación alterada —como en el ejemplo—. Baste señalar las novelas utópicas que vaticinan el futuro con tiempos pretéritos y las historias que recuerdan el pasado con tiempos presentes. Pero esto también se cumple en la lengua cotidiana, esa lengua de la sencillez que desnuda de un tirón a la retórica. Veamos un ejemplo muy simple tomado del inglés: *It is high time you stopped fooling around and started looking for a job*¹². La oración no es ficticia ni literaria, sino de un realismo cotidiano, como se indicó. No hay duda alguna de que no se refiere a algo pasado, sino a una situación actual en la que se exige algo para un futuro inmediato, y, no obstante, la oración acoge al «preterit» inglés: *stopped* y *started*; y no se diga ahora que es un subjuntivo, etc. ¿Es qué esta oración contiene alguna señal para que lo sepamos? Al fin y al cabo no se expresa una oración para entender bien los tiempos, sino que expresamos los tiempos para entender bien la oración. Los tiempos nos están dados como información y no planteados como adivinanza, y esta oración la comprende perfectamente cualquiera que no haya oído hablar jamás del subjuntivo.

¹² «Ya es hora de que dejes de perder el tiempo a lo tonto y empieces a buscar trabajo». *La traducción es nuestra.*

Tampoco es posible identificar sin curiosas excepciones el tiempo futuro con el futuro de las tres fases del tiempo. Estas excepciones son tan frecuentes que algunos lingüistas sostienen la opinión de que el futuro debería considerarse como un modo más que como una forma temporal. Con todo, el tiempo futuro no sólo designa el futuro, sino también el presente del hablante. Y también el pasado. Nótese como el futuro en esta oración alude al pasado: «Mientras en la península se desataba la polémica religiosa entre conversos y cristianos, Colón descubrirá América en 1492.»

En suma, que las magnitudes verbales que llamamos pretérito, presente y futuro no concuerdan con acontecimientos que ocurrieron, ocurren u ocurrirán, sino con actividades mentales del hablante, como también explica William E. Bull: «Durante siglos se ha acostumbrado en las gramáticas a decir que el tiempo de un verbo nos indica «cuando» ha ocurrido un suceso. Ahora debería resultar evidente que no es así. Ninguna forma temporal localiza un suceso en el tiempo»¹³. Los tiempos señalan no el Tiempo de la acción, sino el orden y el aspecto de éste en el Tiempo.

Pero los tiempos verbales, si bien no se identifican con el Tiempo, siquiera indican dos géneros disímiles de Temporalidad: una situación lingüística discursiva y una situación lingüística narrativa. Existencial es esa tensa situación comunicativa en la que todo lo mentado nos atañe y nos exige reacciones y acciones inmediatas. El comentario existencial alienta un comportamiento subjetivo ante un mundo abierto que nos compromete. Es el mundo cotidiano en que agonizamos. Narrativa, por el contrario es esa situación comunicativa de descanso y distancia desde la que se relatan episodios que no afectan prácticamente ni al hablante ni al oyente. La narración implica un comportamiento objetivo ante un mundo cerrado donde no hay que arriesgar ni exponer la vida. Es un mundo fuera de mi alcance: ya no puedo intervenir en él. La narración presenta vidas, mas les falta algo: precisamente la posibilidad de que podamos arbitrarlas o influenciarlas.

Antes de seguir aclaro que para Weinrich *mundo* significa *contenido de una comunicación lingüística*¹⁴. Al mundo comentado pertenecen la lírica, el drama, la biografía, la crítica, el ensayo filosófico, un comentario, un sermón, una discusión, la información política de un periódico, una conferencia, el relato de un mensajero, un expediente; al mundo narrado, el cuento, la novela corta, la novela, salvo las partes dialogadas. La historiografía es a la vez un comentario y narración: un marco comentador encuadra una narración.

¹³ William E. BULL: *Time, Tense and the Verb. A Study in Theoretical and Applied Linguistics, with Particular Attention to Spanish*, Berkeley, 1960, p. 62.

¹⁴ Harald WEINRICH: *Op. cit.*, p. 67.

Ahora bien, la lengua nos informa sobre esos tipos de conducta merced a dos grupos de tiempos verbales. El grupo referido al mundo discursivo, comentado (*tratativo* porque *trata* de la realidad en que vivimos) tendrá, pues, unas magnitudes verbales disímiles de las del grupo del mundo narrado. De este modo, Weinrich establece los dos grupos temporales que traducen o reflejan un mundo u otro:

GRUPO TEMPORAL I
(mundo comentado)

cantará
habrá cantado
va a cantar
acaba de cantar
ha cantado

canta

está cantando

GRUPO TEMPORAL II
(mundo narrado)

cantaría
habría cantado
iba a cantar
acababa de cantar
había cantado
hubo cantado
cantaba
cantó
estaba cantando

Mundo comentado

Dice Weinrich: «El presente es el tiempo principal del mundo comentado y designa por ello una determinada actitud comunicativa (...). La señora Hamburger, al estudiar el "pretérito épico", ya ha advertido que lo normal es que contemos una historia, una novela o una novelita en imperfecto y perfecto simple, pero que el contenido lo resumamos siempre en presente (...). Así, pues, tampoco el presente del resumen de un argumento puede ser mención del tiempo presente. Ahora bien, alguien podría pensar que el uso del pretérito en un relato y del presente en el resumen tienen su explicación en el hecho de que el pretérito menciona los propios sucesos del relato y que el presente, por el contrario, menciona los hechos del libro que tenemos ante nosotros. Esta explicación no nos satisface, porque también se emplea el presente cuando el libro no está ni siquiera terminado ni ante nuestros ojos, por ejemplo, un boceto literario.» André Gide recoge en su diario, con fecha del 16-VII-1914, la nota siguiente:

Bonito tema de novela: la joven que va a casarse contra el gusto de sus padres con alguien cuyo pasado ha sido objeto de habladurías. Poco a poco logra que su marido sea admitido; pero es ella la que, mientras que la familia descubre en ese marido cada vez mejores cualidades, comprende que se hacía ilusiones sobre él. Por orgullo devora sus penas, sus desengaños, y se encuentra tanto o más sola

cuanto que ahora la familia se pone de parte del marido, contra ella, y a causa de la habilidad que ha tenido al principio en hacer valer a su marido.

Y sentencia Weinrich: «Si Gide hubiese llegado algún día a escribir esta novela, lo habría hecho en los tiempos narrativos imperfecto y perfecto simple. Los tiempos del boceto, por el contrario, son los del grupo I: presente, perfecto compuesto y futuro de intención —admitiendo la forma "va a casarse" como una especie de futuro»¹⁵.

Cuando el historiador dice: «Castilla vive inquieta bajo el reinado de Juan II» (en lugar de *vivió*) está narrando con el «presente histórico», o sea, con un tiempo existencial en función narrativa. De modo análogo, las descripciones y títulos de cuadros y de estatuas están en presente. También lo está la carta que se contesta. Por último, recuérdese que los titulares de los periódicos o revistas aceptan generalmente el presente en sus cabeceras, a menos, claro está, que el verbo haya sido elidido. Por tanto el presente es un «tiempo con perspectiva cero» porque no facilita ningún tipo de orientación en el Tiempo, pero con una salvedad: el presente no es tiempo cero en todos los casos, sino sólo en el mundo comentado. Designa el punto cero de ese grupo comentado y del grupo temporal que le corresponde, mas no es indiferente frente a la disparidad fundamental entre mundo narrado y mundo comentado.

Mundo narrado

Cuando el hablante emplea los tiempos del grupo II, el oyente embolsa esa información como relato, mas ignora que haya de cartearse con el pasado. La diferencia entre *canta* y *cantaba* no se cifra en que a la sustancia de contenido de «cantar» le añadamos la información «en el presente» y en el segundo «en el pasado». Expresiones como «canta» y «cantaba», y sólo ciñéndonos a los tiempos, no nos enseñan absolutamente nada sobre el Tiempo del verbo «cantar». Los tiempos presente e imperfecto nos están informando más bien de cómo debemos escuchar. Para el oyente es importante. Reaccionará de forma distinta de un caso a otro. La información que facilita el tiempo presente en la forma *canta* reza más o menos así: «¡Atiende, que te atañe directamente!»; la forma *cantaba* nos facilita la información del imperfecto junto con los tiempos perfecto simple, pluscuamperfecto, etc.: «¡Ahora puedes escuchar más relajado!» Con ello la situación comunicativa queda marcada *cualitativamente*.

El mundo narrado es indiferente a nuestro Tiempo. Puede quedar amarrado en el pasado por una fecha, o en el presente o en el futuro por cualquier otro

¹⁵ Harald WEINRICH: *Op. cit.*, pp. 71-72.

dato. Esto no cambia para nada ni el estilo del relato ni la situación hablada que le es propia, lo cual explica que muchos narradores ejecuten verdaderos actos terroristas contra el Tiempo. De sobra conocido es el procedimiento de sustituir por unos puntos suspensivos el año en que ocurren los sucesos de un relato. El ejemplo siguiente nos lo suministra un cuento de Edgar Allan Poe, titulado *Metzengerstein*, en que el narrador se pregunta: «El horror y la fatalidad han salido al paso por doquier y en todas las épocas. ¿Por qué dar entonces una fecha a la historia que voy a contar?»¹⁶. Esta es otra variante para burlar la machacona insistencia del Tiempo en nuestras vidas.

Puede decirse que estas palabras manifiestan explícitamente lo que implícitamente contienen los tiempos del mundo relatado. Están diciendo que no se mienta el mundo en que se encuentran el hablante y el oyente y en el que están directamente afectados; están diciendo que la situación hablada, reproducida en el modelo de la comunicación, no es tampoco escena del suceso y que el hablante y el oyente, mientras dure el relato son más espectadores que personajes activos en el *theatrum mundi* aun cuando se contemplen a sí mismos. Ambos prescinden de la existencia del hablante y del oyente.

Ahora bien, el mundo narrado, al igual que el comentado, posee también un tiempo cero: la pareja del imperfecto y del perfecto simple. Tanto uno como el otro designan el mundo narrado (de Tiempo) alguna.

Los otros tiempos designan la *perspectiva comunicativa relativamente* en cuanto al punto cero de los grupos temporales correspondientes. A estas perspectivas las denomina Weinrich «retrospectivas» y «prospectivas». De donde se infiere que las magnitudes verbales surgen de nuestra voluntad de cursar la corriente de nuestra vida o de narrar desde la orilla: o nos zambullimos o miramos nadar. Sólo que los tiempos se nos mezclan constantemente (*v. gr.*, «Castilla vive inquieta bajo el reinado de Juan II»). Cuando el comprador y el vendedor se dicen en una tienda: «¿Qué deseaba usted?, «Quería un libro» (en lugar de «desea» y «quiero») están tratándose con el «imperfecto de cortesía», es decir, con un tiempo narrativo en una situación donde se comenta la existencia. Estos tiempos entresacados de sus situaciones normales, dice Weinrich, son «metáforas temporales» y tienen la propiedad fundamental de las metáforas, que es la de ser dos cosas a la vez. Dicho de otro modo, el alemán recurre a este término para explicar por cambio de la actitud del hablante y tránsito de la narración al comentario o viceversa lo que según Andrés Bello se explica simplemente por cambio de perspectiva temporal.

En cualquier caso, para Weinrich metáfora temporal es el presente histó-

¹⁶ Edgar ALLAN POE: *Cuentos I*, Alianza Editorial, Madrid, 1990, p. 221.

rico(*) en una narración: es tiempo narrativo, puesto que apunta a un acontecimiento tan remoto que ya no nos concierne, pero también es tiempo existencial porque ese «vive» carga la oración de expectativa, arranca al lector de su sitio y lo conduce a 1476, urgiéndolo a revivir la batalla de Toro y a tomar partido a favor o en contra de uno u otro bando. Metáfora es el pretérito imperfecto en una situación presente: es en parte tiempo existencial porque está en el contexto de una acción abierta, y en parte tiempo narrativo porque, por cortesía, el ánimo del vendedor y del comprador se relajan, y ese «deseaba» y «quería» hurtan al diálogo su inmediatez.

Tiempo y relieve en el cuento

Weinrich distingue en un cuento acciones principales y acciones secundarias. Las principales están en un primer plano: son las acciones observadas. Las secundarias están en un plano de fondo: son las acciones comentadas.

(Aunque Weinrich abomina del aspecto¹⁷ —lo moteja de «concepto desafortunado» adoctrinado sin duda por su error de considerar que el verbo no informa sobre el decurso de las acciones y procesos, sino que los conocemos por el socorro de medios extralingüísticos; por lo tanto, al anular la semántica aspectual del verbo, únicamente el comportamiento del hablante articulado en los goznes de los grupos temporales del mundo comentado y del mundo narrado es para él la cifra del aspecto— estimo pertinente una aclaración: el primer plano se identificaría con el aspecto terminativo; el segundo plano se aliaría con el no-terminativo¹⁸. Ahora prosigo.)

El narrador emplea los tiempos verbales para poner en relieve esos dos planos. Puede contar arreglando sus fechas para atrás o para adelante. Estas di-

(*) Además del presente histórico aguardan otros tiempos verbales que no interrogaremos; éstos, de igual modo, pueden trasladarse de perspectiva temporal si son tiempos verbales indirectamente medidos o relativos. Son tiempos relativos aquellos que reclaman el contexto para determinar su situación temporal. Esta la puede establecer un verbo o un adverbio con los que se relaciona; también colabora en la fijación temporal la situación extralingüística que contiene al hablante.

Con todo, el contenido que dispensa el párrafo anterior no debe inducirnos a error. Los tiempos absolutos, como se insinuó, son susceptibles de ser precisados desde otro tiempo (*estudio mientras tú juegas; apenas hablé le aplaudió el público*) en cambio los relativos sólo pueden funcionar como tales. Recordemos que para Weinrich este fatigado vaivén de tiempos se opera entre el mundo comentado y el mundo narrado.

¹⁷ «No existen aspectos lingüísticos y tenemos que eliminar de la ciencia del lenguaje la doctrina del aspecto sin dejar rastro de ella.» *Op. cit.*, p. 202.

¹⁸ Vid. Alarcos LLORACH: *Op. cit.*, p. 126.

recciones hacia la anterioridad, hacia la posteridad no aluden a nada real que dure (la vida, la conciencia). Son diferencias sólo en el acto de narrar, poniendo los acontecimientos hacia atrás o hacia adelante. Este ordenamiento se hace, no sólo en la organización de todo el cuento, sino también en el interior de cada oración. Si estudiamos el microcosmos de una oración encontramos proposiciones subordinadas y proposiciones principales. Las subordinadas se acuerdan con imperfectos. Esto demuestra que la existencia de dos planos narrativos es verificable no sólo en la composición total del cuento sino también en la sintaxis. Ahora bien: tal división de tiempos, según se trate de proposiciones subordinadas o principales, milita exclusivamente en el sistema narrativo, no en el discursivo. En el discursivo la distinción no es necesaria porque las cosas están presentes, podemos vivirlas, actuar con ellas, influir sobre ellas. En el sistema narrativo, en cambio, nada está presente: diferenciar proposiciones subordinadas o principales es tarea literaria y nada más.

En suma, que el primer plano de las acciones principales agrupa oraciones con perfecto simple y el plano de fondo de las acciones secundarias acepta las subordinadas, con imperfectos por lo general.

Con tal propósito he decidido disponer en dos columnas un cuento que me proporciona Jorge Luis Borges¹⁹, *Ragnarök*. En la columna de la izquierda están todas las oraciones cuyas magnitudes verbales solicita el fondo narrativo, o, si se prefiere aquellas oraciones que anotan una perspectiva de alejamiento de la sustancia narrativa y, por tanto, sus tiempos verbales comportarán fenómenos durativos, momentáneos, iterativos, etcétera.

La columna derecha se profiere a congregar todas las oraciones cuyos tiempos traducen el primer plano narrativo.

Se recomienda leer por separado las dos columnas, considerándolas, por lo menos en la primera lectura, como dos narraciones diferentes.

En los sueños (escribe Coleridge) las imágenes figuran las impresiones que pensamos que causan; no sentimos horror porque nos oprime una esfinge, soñamos una esfinge para explicar el horror que sentimos. Si esto es así,

¿cómo podría una mera crónica de sus formas transmitir el estupor, la exaltación, las alarmas, las amenazas y el júbilo que tejieron el sueño de esa noche?

¹⁹ Jorge Luis BORGES: *El hacedor*, Madrid, 1990, p. 63 y ss.

Ensayaré esa crónica, sin embargo; acaso el hecho de que una sólo escena integró aquel sueño borre o mitigue la dificultad esencial. El lugar era la Facultad de Filosofía y Letras; la hora, el atardecer. Todo (como suele ocurrir en los sueños) era un poco distinto; una ligera magnificación alteraba las cosas. Elegíamos autoridades; yo hablaba con Pedro Henríquez Ureña, que en la vigilia ha muerto hace muchos años.

Alaridos humanos y animales llegaban desde el Bajo.

eran los Dioses que volvían al cabo de un destierro de siglos.

Uno sostenía una rama, que se conformaba, sin duda, a la sencilla botánica de los sueños; otro, en amplio ademán, extendía una mano que era una garra; una de las caras de Jano miraba con recelo el encorvado pico de Thoth.

Siglos de vida fugitiva y feral habían atrofiado en ellos lo humano; la luna del Islam y la cruz de Roma habían sido implacables con esos prófugos. Frentes muy bajas, dentaduras amarillentas, bigotes ralos de mulato o de chino y belfos bestiales publicaban la degeneración de la estirpe olímpica.

Bruscamente nos aturdió un clamor de manifestación o de murga.

Una voz gritó: *¡Ahí vienen!*, y después *¡Los Dioses! ¡Los Dioses!* Cuatro o cinco sujetos salieron de la turba y ocuparon la tarima del Aula Magna. Todos aplaudimos, llorando;

Agrandados por la tarima, la cabeza echada hacia atrás y el pecho hacia adelante, recibieron con soberbia nuestro homenaje.

Tal vez excitado por nuestros aplausos, uno, ya no sé cuál, prorrumpió en un cloqueo victorioso, increíblemente agrio, con algo de gárgara y de silbido. Las cosas, desde aquel momento, cambiaron.

Todo empezó por la sospecha (tal vez exagerada) de que los Dioses no sabían hablar.

Sus prendas no correspondían a una pobreza decorosa y decente sino al lujo malevo de los garitos y los lupanares del Bajo. En un ojal sangraba un clavel; en un saco ajustado se adivinaba el bulto de una daga.

Bruscamente sentimos que jugaban su última carta, que eran taimados y crueles como viejos animales de presa y que, si nos dejábamos ganar por el miedo o la lástima, acabarían por destruirnos.

Sacamos los pesados revólveres (de pronto hubo revólveres en el sueño) y alegremente dimos muerte a los Dioses.

Si se han leído las dos columnas independientemente se habrá comprobado la existencia de dos niveles narrativos disímiles. En el nivel del segundo plano narrativo (columna de la izquierda) abundan los imperfectos, mixturados con algún solitario pluscuamperfecto. Las oraciones aquí se han apropiado de las descripciones, de comentarios, en fin, de todo lo que, de algún modo, no es decisivo para la narración.

Por otro lado, en el nivel del primer plano narrativo (columna de la derecha) se hallan relativamente pocas acciones pero todas ellas reclaman las etapas decisivas de la narración. Si hubiéramos de resumir el cuento en un puñado de oraciones podríamos emplear estas últimas. En las oraciones con perfecto simple asiste, pues, la sustancia de la narración.

Pero volvamos a Weinrich. Weinrich analiza cuentos en francés, inglés, italiano y español. Sólo me ocuparé de sus ejemplos castellanos. Para apreciar el análisis de Weinrich recuérdese que las gramáticas corrientes dicen que el perfecto simple se refiere a hechos ya ocurridos en el pasado y que el imperfecto a los que están ocurriendo en el pasado. El imperfecto sería una especie de «presente del pasado; en ocasiones indica un hecho como coincidiendo con otro (cuando tú naciste yo vivía en Madrid)». La gramática habla también de los modos de la acción del verbo —término monedado por Amado Alonso—: verbos *perfectivos* (cuya acción no es completa si no se termina: saltar, salir, nacer, morir) e *imperfectivos* (cuya acción se mantiene y no necesita terminar para ser completa: brillar, saber, oír, ver); verbos *incoativos* (que presentan la acción cuando se inicia: amanecer, obscurecer); verbos *frecuentativos* (que expresan una acción frecuente o habitual: tutear, cortejar) y verbos *iterativos* (que expresan una acción figurada de momentos o movimientos repetidos: golpear, tartamudear, cacarear, picotear, patear). Después de estas aclaraciones será

más fácil seguir a Weinrich en su análisis de algunos cuentos españoles. Va a analizar, verbigracia, el final del cuento *La sangre de Aitor*, de Unamuno:

Más tarde, en época de elecciones hizo Lope de muñidor electoral. Cuando llegaban éstas el santo fuego le inflamaba, evocaba a Aitor, a Lacobide, a los héroes del Irnio y se despepitaba para sacar triunfante con apoyo del primero que llegara a ser candidato unido a un blanco, negro, rojo o azul, y aquí paz y después gloria.

Weinrich observa que el uso del imperfecto se debe a que Unamuno refrena la acción del cuento y la desplaza del primer plano al segundo. El imperfecto indica en este caso que la acción principal ha terminado: frena la historia. El imperfecto también es el tiempo de la conclusión —el protagonista muere— en el cuento de Unamuno *Redondo, el contertulio*:

Su fortuna se la legó a la tertulia, repartiéndola entre los contertulios todos, con la obligación de celebrar un cierto número de banquetes al año y rogando se dedicara un recuerdo a los gloriosos fundadores de la patria. En el testamento ológrafo, curiosísimo documento, acababa diciendo: ...

En *El padrino Antonio*, también de Unamuno, el leitmotiv es el ir a rezar un avemaría ante la imagen de una iglesita:

Antonio solía irse solo, de tiempo en tiempo a una iglesia perdida en los arrabales a pasarse largos ratos delante del altar de una Piedad haciendo con los ojos las lágrimas de aquella cara macilenta y lustrosa.

Según Weinrich el imperfecto *solía* está ahí, no porque se trata de una acción habitual, sino porque la acción principal, es decir, la boda del protagonista en circunstancias adversas, todavía no se ha destacado del fondo. La acción principal está constituida por la promesa de matrimonio que los amantes se han dado precisamente en esa iglesia:

Al día siguiente llevó a su ahijada y ya novia a aquella iglesiuca perdida en los arrabales e hizo que allí, delante de la Piedad de cara macilenta y lustrosa, mezclase con él un avemaría.

El perfecto simple —sostiene Weinrich— no está ahí por el aspecto único y puntual de la acción, sino porque esa oración constituye el centro de la acción principal del cuento y el tiempo elegido por Unamuno indica un primer plano. Más adelante los protagonistas se vuelven a reunir en la iglesia. Es la oración concluyente del cuento:

De tiempo en tiempo visitaban marido y mujer a la macilenta y lustrosa Piedad de la iglesiuca del arrabal y allí mezclaban, con sus almas, sus avemarías.

Niega otra vez Weinrich que el imperfecto esté ahí porque el matrimonio va a la iglesia repetidamente (modo frecuentativo o iterativo de la acción) sino porque indica el tiempo de un final de relato. Es un imperfecto de ruptura. Imperfecto de ruptura (*imparfait de rupture, imperfetto di rottura*) es el nombre que los filólogos han dado a un rasgo estilístico que aparece sistemáticamente en la primera mitad del siglo XIX. Este «imperfecto de ruptura» se desvía de manera chocante del uso normal del imperfecto. Aparece en oraciones que, por el modo puntual de la acción, reclaman más bien el perfecto simple:

Esa mañana, justamente a la una de la tarde, Mario entregaba la cartera a su dueño.

¿Por qué no *entregó*, puesto que es un hecho único, señalado aun por la campanada de un reloj? Weinrich insiste en que el tiempo verbal es absolutamente independiente del aspecto durativo o puntual del proceso y depende exclusivamente del valor que la técnica narrativa confiere al lugar que ocupa la oración en la totalidad del relato. El modo de la acción o aspecto verbal de las oraciones que podrían calificarse como durativas, frecuentativas, iterativas no nos ayuda: lo que monta es si tal oración corresponde a la acción principal en un primer plano, o a la secundaria, en el plano de fondo.

Se ha intentado explicar el «imperfecto de ruptura» por el hecho de que generalmente aparece después de un perfecto simple: de ahí la denominación «de ruptura». Pero lo cierto es que aparece, no sólo después de un perfecto simple, sino también al final de un cuento o de un episodio del cuento. Se lo podría llamar, no «imperfecto de ruptura» sino «imperfecto de clausura», que hace sonar una nota de conclusión en el cuento; o «imperfecto de apertura» si su función es introducir una acción principal. Llámesele como se quiera, hace resaltar la diferencia entre el mundo comentado y el mundo narrado, entre el fondo y el primer plano. La acción secundaria está en oraciones en imperfecto; el perfecto simple designa puntos críticos de la acción principal. Con el perfecto simple se arranca la acción del fondo y se la pone en un primer plano. El narrador es el único juez de qué es lo principal y qué lo secundario: los tiempos verbales que use revelarán su voluntad. El lector advierte los desplazamientos del interés del narrador: aquí arranca la acción del primer plano, aquí se interrumpe, aquí termina. «Lo digno de ser narrado —continúa Weinrich— no es lo cotidiano, constante y permanente, sino lo que por insólito se sale fuera de la monotonía de lo habitual (...). Por razón de lo inhabitual se cuenta la historia. Por tanto lo inhabitual forma como espontáneamente la acción del primer plano, y lo habitual, del que lo inhabitual se destaca, forma también como de por sí el fondo de la historia, el segundo plano. Esta es la estructura fundamental de toda narración de la que, en algún caso, el narrador

puede desviarse pero que, casi siempre, procura seguir. Así, en el relato de fondo aparecen más bien cosas habituales y corrientes, y en el relato del primer plano las cosas extraordinarias e insólitas»²⁰. «Sin embargo, en el momento de dar relieve a una narración, el autor es fundamentalmente libre»²¹. Para probar la libertad del narrador Weinrich ministra otro ejemplo de Unamuno, en *El semejante*. Un grupo de chicuelos acosa en la calle al tonto Celestino:

Al salir le rodeó una tropa de chicuelos: uno le tiraba de la chaqueta, otro le derribó el sombrero, alguno le escupió y le preguntaban: «¿Y el otro tonto?».

«No hay razón objetiva —comenta Weinrich— que pueda explicar el imperfecto de *le tiraba de la chaqueta* o el perfecto simple de *le derribó el sombrero*. La elección del tiempo depende del narrador, quien por medio de los tiempos elegidos presta relieve a la escena. El que tira de la chaqueta pasa al segundo plano (quizá es que tire por detrás); el que derriba el sombrero permanece en primer plano»²².

Creo que la explicación de Weinrich es rebuscada. Como se empeña en descartar el «aspecto», no admite una explicación más sencilla. «Uno le tiraba de la chaqueta» es una acción imperfectiva, que se mantiene y no necesita terminar para ser completa; y también es iterativa, compuesta de momentos repetidos. En cambio «otro le derribó el sombrero, alguno le escupió» son acciones perfectivas: esto es, son completas pues que terminan de una vez.

Para resumir, los puntos más importantes son:

- a) el contraste entre el imperfecto y el perfecto simple produce un efecto de relieve.
- b) el narrador, al elegir los tiempos, puede mostrarse indiferente a los modos de acción (aspectos verbales perfectivos, imperfectivos, iterativos, etc.) y a las normas tradicionales de la gramática;
- c) el análisis estilístico de los tiempos verbales de un cuento revela una técnica narrativa que concilia la libertad del narrador con las limitaciones que le impone el idioma. También es libre el narrador si decide usar el imperfecto y el perfecto simple según los modos de la acción, o sea, los aspectos verbales. No hay un código que determine la correspondencia simple. En todo caso, el narrador es quien resuelve qué es lo secundario y qué lo principal. Weinrich es muy consciente de la

²⁰ Harald WEINRICH: *Op. cit.*, p. 234.

²¹ Harald WEINRICH: *Op. cit.*, p. 235.

²² Harald WEINRICH: *Op. cit.*, p. 235.

libertad del narrador. Por ahí cita la última oración de un cuento de Maupassant y comenta así: «*Le lendemain, il apprit qu'elle était morte*. En este lugar yo hubiera esperado un imperfecto de ruptura. Maupassant no lo ha empleado y está en su derecho. Puede marcar el final del relato con un ritmo conclusivo y puede también no hacerlo»²³. Sin embargo, Weinrich tiende a codificar los usos de estos dos tiempos verbales y aun a servirse de tal código para explicar la historia del género cuento, desde sus orígenes. Nos dice que los resultados obtenidos por su investigación sólo son válidos para el cuento moderno. En las obras europeas más antiguas la técnica es distinta. El imperfecto es menos frecuente que el perfecto simple. Lo echamos de menos en los comienzos y finales del cuento. Weinrich también aplica su teoría a las obras modernas con armazones que combinan varios cuentos y con marcos de cuentos autónomos.

La investigación de Weinrich podría extenderse del imperfecto y el perfecto simple a otros tiempos verbales: él mismo nos señala el camino. Es cosa de analizar, en el estilo de los cuentos, la intención personal del narrador cuando elige los tiempos verbales. De tal estudio podríamos obtener listas de unos usos más frecuentes que otros pero nunca reglas. Entre los tiempos «comentados» y los «narrados» no hay fronteras fijas. No las hay para el narrador, que vuela con «tiempos metafóricos» y cambia de «situación comunicativa» fingiendo aun en el mismo párrafo estar tan pronto en un «mundo narrado» como en un «mundo comentado».

V. APLICACIONES DIDÁCTICAS

Mundo narrado de los cuentos infantiles de tradición oral

Para empezar manifestaremos que el mundo de los cuentos infantiles es el mundo narrado por experiencia. En ningún relato se nos distancia tanto de la situación cotidiana como en el cuento infantil.

Es extraño no encontrarse con un cuento infantil que no obedezca a unas normas estereotipas en lo referente a la introducción y a la conclusión. Así, pues, no es fácil figurarse un cuento que no arranque con la fórmula *érase una vez*. Este *una vez* alude no a otro Tiempo, sino a otro mundo; un mundo cerrado, propio, con un Tiempo que le pertenece —en poco o nada se parece al

²³ Harald WEINRICH: *Op. cit.*, p. 230.

Tiempo de los calendarios y los relojes— y en el que, verbigracia, un sueño se puede dilatar siete años. Tras la señal «érase una vez» sólo el mundo del cuento tiene existencia durante cierto tiempo. Quien haya contado alguna vez cuentos a los niños sabe hasta qué punto éstos pueden perderse en el mundo del relato. Después del «corpus» asoma la conclusión que, al igual que la introducción, acepta normas fijas, tales como: *colorín colorado este cuento se ha acabado* o también *y vivieron felices / y comieron perdices / y a mí me dieron / en las narices*. Estas son señales que marcan la frontera entre el mundo narrado del cuento y el mundo comentado.

El lenguaje infantil y el mundo del cuento de tradición oral

Al niño se le representa por primera vez en los cuentos el mundo narrado. Por el cuento, el niño se entera de que existe otro mundo distinto del que le rodea inmediatamente. En el cuento aprende a participar en un mundo que no es el suyo y también a liberarse del mundo de las necesidades inmediatas y a prescindir de sí mismo por unos momentos. Instintivamente puede considerarse bueno un principio pedagógico que haga comenzar con cuentos esta clase de educación, porque el mundo de los cuentos mantiene extrema distancia frente al mundo cotidiano. Con contrastes extremos se aprende más fácilmente que con matices.

A pesar de ello, son conocidas las dificultades que ofrece acostumar a los niños a la existencia del mundo narrado. Como en el caso del guiñol, el niño toma el mundo relatado primeramente por el mundo comentado y procura intervenir en él. Don Quijote, al obrar de idéntico modo, se comporta precisamente como un niño (*Don Quijote II*, 26).

Pero el sentido de una educación orientada hacia el mundo narrado es otro. Lo que el niño ha de aprender y aprenderá poco a poco (y lo que Don Quijote no aprenderá jamás) es a participar en un mundo que se substrahe a su intervención. Con ello, aprende también a ampliar el círculo de sus simpatías más allá del que le señala el mundo de las necesidades inmediatas.

En todo ello los tiempos del verbo representan un papel importante.

El cuarto y quinto año de vida constituyen el período en que el niño adquiere el grupo de tiempos del mundo narrado —según los psicólogos—; es al mismo tiempo la época de entusiasmo por los cuentos, que escucha y aprende.

Ambas cosas están relacionadas. Los niños aprenden los tiempos del mundo relatado en historias y, a la vez, a diferenciar el mundo narrado del mundo «verdadero».

Durante la época en que en la conciencia del niño el mundo narrado no está aún claramente diferenciado del mundo comentado, es característico el in-

tento de contar cuentos con los tiempos del mundo comentado. El principio de «Caperucita Roja» rezaría poco más o menos así: *Ha sido una vez una niña muy buena que su abuelita le ha regalado una capucha roja. Un día le ha dicho la mamá a Caperucita: Vete a llevarle a la abuelita que está allí en el bosque miel y pan. caperucita ha ido andando por el bosque y ha encontrado al lobo...*

Es ocioso preguntarse si el niño aprende los tiempos del relato gracias a éste o si aprende a narrar gracias a los tiempos. Ambas cosas las aprende simultáneamente, pues los tiempos del relato son el signo acústico del mundo narrado. Por ello, la familiarización con el mundo relatado, gracias al género más típicamente narrativo que es el cuento infantil, se convierte intuitivamente en familiarización con los tiempos del relato.

Ahora bien, sólo cuando el niño comprende que existe lo narrado y él mismo es capaz de narrar, entonces se alza por encima de las necesidades de su pequeño mundo participando todo él en el mundo entero y en sus recuerdos.

VI. OBJECCIONES DE CARÁCTER GENERAL A WEINRICH

Para concluir, trasladamos algunas de las opiniones desfavorables a la obra de Weinrich:

César Hernández

1. Nos encontramos ante la imposibilidad de deslindar y, por tanto, de encajonar los tiempos verbales en lo que él clasifica como mundo narrado y mundo comentado, pues los límites entre el comentar y el narrar son difusos y en ocasiones un tiempo verbal colabora con los del otro grupo.
2. La distribución de los tiempos del grupo I y el grupo II no es precisa, y no tiene en cuenta que algunas formas temporales podrían adscribirse a los dos finalidades literarias que la sirven de base.
3. Nos ofrece un sistema de unidades lingüísticas no ordenadas sobre criterio lingüístico, sino que lo hace sobre funcionalidad secundaria de la comunicación, es decir, sobre dos subfunciones de la función poética.
4. Negación de las categorías de tiempo, modo y aspecto en el verbo.
5. La oposición no sirve para marcar los tiempos.

Marcos Marín

La tesis de Weinrich resulta ingeniosa, especialmente en la división entre tiempos del comentario y tiempos de la narración, que nos permite comprender los dos planos de que dispone el hablante, especialmente cuando dispone de un sistema temporal tan rico como el del español. No obstante, es radicalmente falsa su concepción de que los tiempos verbales no tienen nada que ver con el tiempo. Como es natural no nos atreveríamos a lanzar una afirmación tan absoluta sin una previa comprobación. En una tesis realizada bajo mi dirección, por persona muy competente, se analizan cinco de los cuentos de *El Aleph*, de J. L. Borges, con ayuda de una máquina clasificadora y un ordenador electrónico, que nos permitieron tratar con rapidez más de dos mil fichas de usos verbales. La finalidad era someter a comprobación la división en tiempos absolutos y relativos de Bello, la tesis de Guillaume acerca del presente como perteneciente a las dos infinitudes que crea al dividir el indicativo, como punto binario que contiene un poco de cada infinitud, y la tesis de que los tiempos verbales no tienen nada que ver con el tiempo. La detallada comprobación de estos puntos nos condujo a desechar este aspecto de la tesis de Weinrich; por lo demás, las conclusiones de la Profesora Dubuisson quedaron de este modo:

Si tratamos de resumir las conclusiones parciales que hemos obtenido a lo largo de este estudio vemos que los tiempos verbales no sólo tienen una relación con el tiempo, sino que marcan el tiempo, y repetimos toda nuestra admiración para el sistema de Bello que supo exponerlo de manera tan clara. Un solo tiempo, el presente, o mejor dicho, un solo valor del presente es no-marcado y no tiene nada que ver con el tiempo.

La utilización que hace Borges de los tiempos verbales en los cuentos que hemos estudiado nos ha ayudado a demostrar todo esto. Pero como hemos podido ver también, las teorías de Weinrich —es decir, que los tiempos verbales no tienen nada que ver con el tiempo, sino con la actitud narrativa o comentadora— se verifican en los empleos de tiempos verbales de Borges. Sólo podemos repetir que no es una prueba de que ni Bello ni Guillaume tengan razón sino una prueba de que la teoría de Weinrich completa la otra. No se puede negar que haya una actitud narrativa y otra comentadora como las describe Weinrich.

Lo verdaderamente importante de esta tesis es la comprobación de que absolutamente todos y cada uno de los empleos de tiempos verbales en la lengua de estos cuentos se pueden explicar con el sistema de Bello, y que sólo tras aceptar esto podemos ver su división en tiempos de la narración y tiempos del comentario, de forma que la tesis de Weinrich completa la descripción de Bello en la medida en que ambas tesis pueden armonizarse, cuando no sea así

debemos descartar los resultados de Weinrich puesto que la descripción de Bello es absolutamente comprobable, e incluso computable. Hay, por otro lado, un punto fundamental en el que Weinrich no tiene razón: se trata de la afirmación de la p. 97 según la cual «En español y en las lenguas románicas no existe *el* tiempo principal del relato, sino que el imperfecto y el perfecto simple [i. e. copretérito y pretérito] constituyen ambos juntos el tiempo fundamental, ofreciendo más o menos la misma frecuencia, es decir, un 80 %.»

La anterior afirmación es inexacta; son muy superiores los índices de frecuencia del pretérito en cualquier relato.

Weinrich recurre a la «metáfora temporal» (a la que dedica su capítulo V) para explicar por cambio de la actitud del hablante, y paso de la narración al comentario o viceversa lo que según Bello se explica simplemente por cambio de perspectiva temporal. Esto sucede a menudo en el análisis de los cuentos. Bello también admite algunas metáforas temporales, pero no abusa de ellas como Weinrich, para quien se convierten en un recurso último que le permite explicar lo inexplicable por una tesis que prescinda del tiempo.

La tesis de Weinrich ha sido aceptada con optimismo por muchos, sin la necesaria meditación, *por eso nos hemos detenido especialmente en lo que de ella no resiste a la aplicación práctica*. No nos gusta hacer esa labor de crítica negativa y si lo hemos hecho es porque el libro tiene otros muchos valores que se mantienen en pie a pesar de la debilidad de la tesis central.

Universidad Complutense de Madrid

BIBLIOGRAFÍA

- ALARCOS LLORACH, Emilio: *Estudios de Gramática Funcional del Español*, Gredos, Madrid, 1984.
- ALLAN POE, Edgar: *Cuentos I*, Alianza Editorial, Madrid, 1990.
- BERKELEY, George: *Principio del conocimiento humano*, Oribis, Barc, 1982.
- BORGES, Jorge Luis: *El hacedor*, Alianza Emecé, Madrid, 1990.
- BULL, William E.: *Time, Tense and the Verb. A Study in Theoretical and Applied Linguistics, with Particular Attention to Spanish*, Berkeley, 1960.
- GILI GAYA, Samuel: *Curso Superior de Sintaxis Española*, Vox, Barcelona, 1989.
- HERNÁNDEZ ALONSO, César: *Gramática Funcional del Español*, Gredos, Madrid, 1986.
- HUME, David: *Tratado acerca de la naturaleza humana*, Orbis, Barcelona, 1984.
- MARCOS MARÍN, Francisco: *Curso de Gramática Española*, Cincel-Kapelusz, Madrid, 1980.

MARTÍNEZ MARZOA: *Historia de la Filosofía*, Istmo, Madrid, 1988.

RUSSELL, Bertrand: *Historia de la Filosofía Occidental y su conexión con las circunstancias políticas y sociales desde los primeros tiempos hasta nuestros días*, Aguilar, Madrid, 1968.

SAN AGUSTÍN: *Las confesiones*, Juventud, Barcelona, 1986.

VOSSLER, Karl: *Filosofía del lenguaje*, Buenos Aires, 1978.

WEINRICH, Harald: *Estructura y función de los tiempos en el lenguaje*, Gredos, Madrid, 1974.